

A N Q D G A O C

L . . I . . F . .



# Del Nombre Simbólico

Venerable Maestro,

Queridos Hermanos y Hermanas  
en vuestros Grados y Calidades:

Una de las más viejas tradiciones de la Masonería es la adopción voluntaria por un H.º. o H<sup>a</sup>.º. de su Nombre Simbólico. Este apelativo sustituye, en Logia, al nombre corriente, que podríamos llamar profano, y su origen no es único sino diverso. Y muy interesante.

Desde el punto de vista histórico, el Nombre Simbólico procede de la clandestinidad, esto es, de los tiempos y lugares en que la Francmasonería fue perseguida, y de eso sabemos mucho los Masones españoles. Se le llamaba más bien “nombre de guerra” y su función era la de un “alias” que protegía la verdadera identidad del H.º. Masón de todos aquellos que pudiesen tratar de hacerle daño, ya fuesen inquisidores, alguaciles, corregidores de aldea, carabineros o, en tiempos más recientes, la Policía Armada, la Guardia Civil o la Policía Secreta durante la dictadura de alguien a quien me abstendré de nombrar en homenaje a la memoria de los casi 16.000 conciudadanos y conciudadanas que él mandó matar,

acusados del “delito” de pertenecer a la Francmasonería. Pero todos sabéis, V.. M.., QQ.. HH.., de quién estoy hablando.

Esta es la razón por la que el Nombre Simbólico, confundido en este sentido (y sólo en este) con el “nombre de guerra”, apenas se usa en los países en que la Francmasonería no ha sufrido persecución por causa de la... *injusticia*, como los anglosajones.

Pero el Nombre Simbólico no sólo ha sido, ni es hoy, un método (hay que admitir que bastante endeble) de protección personal. Tiene otro fundamento no menos importante. Al contrario, yo diría que es esencial. Dicen los Maestros que por tres veces (yo sólo he vivido una), el Masón renace, se transmuta, se transforma. Desde el punto de vista simbólico y sin la menor duda desde la estricta realidad, como todos hemos vivido y comprobado, el profano que cruza esas Puertas y que pasa por la catarsis de la Iniciación, “muere para renacer”: se convierte en otra persona. Deja atrás muchas cosas que ya no será más y emprende un largo camino –toda la vida– en el que adquirirá conocimientos, costumbres y objetivos que cambiarán, es obvio que en el sentido del propio perfeccionamiento, su existencia.

Como en tantas otras ocasiones, los Masones no somos los únicos que actuamos o hemos actuado así. En muchos otros grupos o culturas, del presente o del pasado, llega un momento lo bastante importante en la vida del ser humano como para que cambie hasta su nombre, es decir, la más elemental seña de identidad que nos distingue de los demás, que nos individualiza socialmente. Todos sabemos que cuando un clérigo cristiano logra ser elegido Sumo Pontífice de la Iglesia católica, elige él mismo un nombre nuevo que le acompañará durante el resto de su vida... y aun después, en los libros y en la memoria de las gentes. En determinadas órdenes religiosas, la admisión de pleno derecho de un nuevo miembro conlleva que se le otorgue un nombre también nuevo, porque se considera, y no sin razón, que el compromiso adquirido es lo bastante intenso como para que los signos de su personalidad cambien. En algunas de esas órdenes, el nuevo nombre lo elige quien a partir de ese momento habrá de llevarlo; en otras, en cambio, son los demás, sus compañeros o compañeras, quienes le “rebautizan” con un apelativo que le ayude a ser mejor y que le recuerde, ya de por vida, que tiene el deber de serlo.

Exactamente eso mismo, el cambio de nombre, se da en algunas religiones orientales, en las que el acceso del monje (aunque no siempre es un monje) a ciertos altos niveles de perfección espiritual supone un nuevo nombre, porque

todos se dan cuenta de que ya no es la misma persona que era antes. También en ciertas culturas africanas, el rito de paso desde la infancia a la juventud implica otro nombre, que los demás le dan. Y no sería perdonable olvidar el caso de los nativos de lo que hoy es Norteamérica, en cuyas tribus, al crecer el muchacho, los demás le otorgan un nombre diferente del que hasta entonces tenía; un nombre que señala la más notoria de sus características personales, o una anécdota señalada de su vida, o una fuerza natural (desde el viento a los animales) a la que sus aptitudes recuerdan: el joven así renombrado queda obligado de por vida a hacer honor a eso que podemos llamar ideal, lo cual implica un compromiso moral y social de primera magnitud.

Los ejemplos son innumerables y no quiero aburrir ¡una vez más! a mis QQ.. HH.. con erudiciones innecesarias. Pero hay que admitir que, en Masonería, el Nombre Simbólico tiene mucho que ver con todo lo que acabo de decir. El Masón renace después de la muerte iniciática. Es otro ya. El problema consiste en que, con toda probabilidad, aún no sabe que lo es, o no es consciente al principio de los cambios que comienzan a obrarse en su espíritu; o, como suele decirse, puede que “no las tenga todas consigo”. De ahí la sabia costumbre de indicar al Iniciado que aguarde un tiempo hasta adoptar un Nombre Simbólico (no es así en todas las Logias, pero sí en la nuestra): el efecto del Método sobre la psique humana lleva su tiempo, y dicen los Maestros veteranos que es frecuente ver cómo el lento y metódico tallado de la Piedra Bruta hace que un Masón, a la vuelta de unos años, no reconozca siquiera al que salió, medio mareado y exultante, de su propia Iniciación. Y era él mismo... o lo fue alguna vez. De ahí que yo esté de acuerdo con la costumbre de nuestro Taller: es mejor tener paciencia y no arriesgarse a adoptar a las primeras de cambio algo tan importante como un nuevo nombre. Es posible que, pasados unos años, ese nombre apresuradamente adquirido no signifique ya gran cosa para nadie, incluido quien lo tomó para sí. Hay que procurar, en la medida de las capacidades humanas, estar seguro de lo que uno hace. O, por lo menos, claramente convencido.

El Nombre Simbólico que uno mismo adopta en Masonería tiene mucho que ver con los ejemplos que citaba hace un momento. En realidad no define un *ser* sino un *querer ser*. No es, por lo tanto, una definición ontológica de lo que se es, sino un acto de voluntad: quien adopta un Nombre Simbólico se está fijando una meta. Y en esa meta, en ese ideal que uno se compromete a buscar, están comprendidas las *razones* por las que adopta tal Nombre tanto como el *ejemplo* que pretende seguir... y que quiere dar a los demás HH.., porque el Nombre Simbólico de uno debe ser una inspiración para todos. No es sólo un homenaje a

algo o a alguien: se trata, ante todo, de un recordatorio perpetuo... y de una obligación moral autoimpuesta. Quien adopta el hermoso nombre de “Sillar” no tiene la conciencia de ser uno de los basamentos esenciales de una Logia; es precisamente eso *lo que quiere llegar a ser*. Y bien sabemos nosotros, V.. M., QQ.. HH.., hasta qué punto entendió e hizo bien eso un ejemplar y muy Q.. H.. que nos espera en el O.. E., y que así se quiso llamar. Quien decide ser llamado “Prometeo”, por ejemplo, sabe que tendrá durante el resto de su vida el deber de llevar a los demás el fuego del conocimiento, de la palabra, de la Luz, lo mismo cuando el mar esté en calma que cuando las olas vengan altas y arriscadas. Quien elija llamarse “Sócrates” no puede pretender que le consideren un sabio respetado, sino un tipo humilde que se empeña en buscar la verdad y en mejorar la vida de los demás. Y así siempre. Y para siempre.

Muchas veces me he preguntado aquí, en Logia, donde uno se despoja de los metales y se siente a salvo de los vendavales de la vanidad humana, quién sería, en la vieja Masonería Operativa del Medievo, no el mejor, sino el más humilde, el último en la escala de todos cuantos conformaban aquellos gremios de canteros. Y no hablo de las personas sino de los oficios.

El Maestro dirigía los trabajos, poseía la ciencia secreta de la Arquitectura, sabía matemáticas y geometría, y con mucha frecuencia estaba largamente entrenado en la habilidad de tallar con precisión la *pedra franca*, hermosa y manejable pero blanda, que era con la que se hacían las estatuas... y la que dio nombre a nuestra Hermandad: de ahí, y de la movilidad laboral de los Masones, que tenían “paso franco” de unos a otros reinos, viene la palabra “Francmasonería”.

Por debajo de él estaba el Compañero u Oficial, no tan sabio ni tan ducho pero que sí era capaz de llevar a término trabajos complicados y, sobre todo, de organizar a los siguientes en la escala: la grey de los Aprendices, que se esforzaban en algo aparentemente más sencillo: que las piedras que les traían quedasen limpiamente talladas, con las dimensiones y la forma previstas.

¿Ya está? ¿Eso era todo? ¿Nadie más intervenía en la construcción? ¿En los Aprendices terminaba el asunto, ésa era la base de la organización?

Pues no. Claro que había alguien más, y aún más humilde. Era el que les llevaba las piedras a los aprendices para que las tallaran. Por lo común (o eso dicen las imágenes que conservamos), era un chaval que no necesitaba poseer más que buenos músculos para cargar y descargar; no tenía por qué saber nada más

que manejar una carreta y unos bueyes. Ése era, QQ.. HH.., el más humilde de todos. Era el *carretero*.

Esa palabra me conmueve. Yo quiero ser, de por vida, el carretero de mi Taller. El de abajo del todo. El que ayuda a los Aprendices. El que trae la piedra, la arena y el agua para que los demás trabajen, y así trabaja él también; y poco a poco va aprendiendo, sin prisas, sin ambiciones, sin lejanos sueños de gloria: feliz de trabajar y de ver que su trabajo sirve al trabajo de los demás. No se me ocurre qué más se le puede pedir a la Masonería.

Pero la palabra *carretero* no me emociona tan sólo por la alegría, la simplicidad, la musicalidad (es fama que los carreteros cantaban en su trabajo) y la humildad de ese oficio. Hay otra razón.

Yo conozco a un hombre bueno. Sé de su existencia desde hace muchos años, casi tantos como los que tengo. Y digo que lo conozco... aunque mejor debería decir que lo he ido conociendo, porque al principio, cuando yo era niño, ese hombre era un gigante poderoso que todo lo sabía y todo lo podía; de su voluntad dependían el transcurso del tiempo, la configuración del mundo, la diferencia entre el bien y el mal. Años más tarde decidí que aquel hombre era un incordio que no hacía más que decirme lo que debía hacer y lo que no, algo que para un adolescente es muy molesto. Siguieron pasando los inviernos y comprendí un día que aquel hombre era más o menos de mi tamaño, que no lo sabía todo, que no lo podía todo... pero que estaba de mi lado: nunca me iba a fallar, siempre daría lo que fuese necesario por mí; hasta su vida, si yo se la pidiera. Que me alentaría siempre, me defendería del dolor igual que hacía cuando yo era pequeño y me desgarraban las pesadillas; que me acompañaría día tras día, todos los días de nuestra vida en común... y hoy ya sé que bastante más allá.

Porque hoy, ya mayor, comprendo, sé, me estremece darme cuenta de que ese hombre bueno ha empleado toda su vida, y diez vidas más que tuviera, en hacerme más o menos como soy. Me ha inculcado desde niño el valor de la libertad, del respeto a los demás, de la generosidad, de la tolerancia con quienes piensan de otro modo; me ha enseñado, con su voz y con su ejemplo, a no envanecerme ni a apocarme; a mantener mi palabra, a ser leal, a ser entusiasta, desprendido, quijote y tenaz. Y desde luego humilde, como es él. He pasado muchos años observando de reojo la nobleza de su corazón para ir tallando malamente lo que de noble pueda tener hoy el mío. Y hoy es el día en que, cuando ya va para viejo (aunque, cuando vamos juntos por la calle, las chicas le siguen mirando a él, nunca a mí), compruebo que ese hombre bueno ha dedicado su vida entera a la

extenuante tarea de intentar que los demás sean mejores, más alegres, más dignos, más libres y sobre todo más felices.

Ahora hablamos mucho. Supongo que lo hemos hecho siempre, pero sólo ahora me doy cuenta de cómo hablamos. De cómo el me escucha y de con qué atención le escucho yo. De cómo podemos no estar de acuerdo para querernos y respetarnos cada vez más; para aprender sin cesar el uno del otro. Supongo que esa manera de conversar no os resulta extraña, QQ.. HH.. Y es que yo no estaría hoy aquí, entre vosotros, de no haber sido por lo que ese hombre me enseñó y me sigue enseñando. Soy Masón gracias a él, por causa suya... y para su absoluta sorpresa, porque ese hombre bueno ha tardado setenta y cinco años en enterarse de que lo que él lleva haciendo toda su vida, porque él es así y no podría obrar de otro modo, es la esencia misma de la Masonería. Teníais que haber visto la cara que puso cuando se lo dije.

Ese hombre es mi padre.

La persona a la que más quiero y más admiro de cuantas hay en el mundo. La persona que es como yo querría ser algún día. Mi ejemplo, mi maestro, la persona que yo elegiría como norte al que dirigir los pasos de mi vida, no es Sócrates, ni Washington, ni Goethe, ni Churchill, ni Shakespeare. ¡Ni siquiera Mozart! Es nada más que mi padre. Y nada menos. Ese hombre bueno, el más bueno que he conocido jamás. Mi padre, que se ha pasado la vida regalándome libros y luego preguntándome qué había aprendido de ellos... y ahora me regala libros sobre Masonería. Mi padre, que ha ido construyendo su ejemplar sabiduría sin más ayuda que su propia reflexión y su indomable voluntad de saber más, de ser mejor, de servir para algo a quienes le rodeamos. Mi padre, el más inolvidable Masón que conozco... aunque no lleve Mandil.

Y sucede que, por eso que llamamos casualidades de la vida, y que yo jamás he creído (como Borges) que sean sólo casualidades, mi padre se llama Luis Pérez Carretero.

Decía hace un momento que para adoptar un Nombre Simbólico hay que estar seguro de lo que se hace. Yo, V.. M.. QQ.. HH.., estoy seguro ya de muy pocas cosas. Cada vez de menos. Pero sí tengo por ciertas, a mis 51 años, al menos dos.

Una es que nunca, ocurra lo que ocurra, abandonaré mi Logia Madre, Arte Real. La otra es que jamás dejaré de querer y de admirar a ese hombre bueno

que me ha hecho como soy... y que es como yo querría ser, si pudiera o si supiera cómo conseguirlo. Pero para eso trabajo aquí.

Por todo eso; por la conmovedora humildad del oficio que lleva tal nombre y como homenaje al mejor Maestro que he tenido en toda mi vida, y que siempre me ha de servir de ejemplo, os pido esta noche, V.. M.., QQ.. HH.., que me permitáis adoptar, a partir de ahora mismo y para el resto de mis días, el Nombre Simbólico de *Carretero*. Hermano Carretero.

Muchas gracias por vuestra comprensión.

V.. M.., QQ.. HH..,

He dicho.

*H.. Luis Algorri  
Madrid, 14 de septiembre de 6009 V.. L..*

